

Horizontes y experiencias agroalimentarias en México: entretejiendo actores, escalas y dinámicas de transformación

Elena Lazos Chavero
Tlacaelel Rivera Núñez
Coordinadores



TOMO I

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Investigaciones Sociales

Horizontes y experiencias
agroalimentarias en México:
entretrejiendo actores, escalas y
dinámicas de transformación

**Comité Editorial de Libros
Instituto de Investigaciones Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México**

Presidente

Miguel Armando López Leyva • IISUNAM

Secretaria

Fiorella Mancini • IISUNAM

Miembros

Virginia Careaga Covarrubias • IISUNAM

Marcos Agustín Cueva Perus • IISUNAM

Bruno Felipe de Souza e Miranda • IISUNAM

Matilde Luna Ledesma • IISUNAM

Karolina Monika Gilas • FCPYS, UNAM

Adriana Murguía Lores • FCPYS, UNAM

Eduardo Nivón Bolán • UAM-I

Adriana Olvera Hernández • IISUNAM

Catherine Vézina • CIDE

Horizontes y experiencias agroalimentarias en México: entretejiendo actores, escalas y dinámicas de transformación

Elena Lazos Chavero
Tlacaelel Rivera Núñez
Coordinadores

Tomo I



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Investigaciones Sociales
Ciudad de México, 2023

Catalogación en la publicación UNAM.

Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Lazos, Elena, editor. | Rivera Núñez, Tlacaelel, editor.

Título: Horizontes y experiencias agroalimentarias en México : entretejiendo actores, escalas y dinámicas de transformación / Elena Lazos Chavero, Tlacaelel Rivera Núñez, coordinadores.

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 2023.

Identificadores: LIBRUNAM 2224901 | ISBN 9786073084413 (obra completa) | ISBN 9786073084420 (tomo I) | ISBN 9786073084437 (tomo II).

Temas: Abastecimiento de alimentos -- México. | Agricultura -- Aspectos económicos -- México. | Mujeres y el medio ambiente -- México. | Campesinos -- México. | Ecología agrícola -- México. | Agricultura sustentable -- México.

Clasificación: LCC HD9014.M62.H67 2023 | DDC 338.10972—dc23

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por académicos externos al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, de acuerdo con las normas establecidas por el Comité Editorial de Libros del Instituto.

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, sin el consentimiento por escrito del legítimo titular de los derechos.

Primera edición: noviembre de 2023

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Sociales
Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México

Coordinación editorial: Virginia Careaga Covarrubias
Cuidado de la edición: Marcela Pineda Camacho
Diseño, fotografía de portada y
tratamiento de imágenes: Cynthia Trigos Suzán
Formación de textos: María Antonieta Figueroa Gómez

Impreso y hecho en México

ISBN: 978-607-30-8441-3 Obra Completa

ISBN: 978-607-30-8442-0 Tomo I

Índice

- 11 Prólogo
Hernán Javier Salas Quintanal
- 15 Introducción
¿Lograremos entablar diálogos para la transformación
de las realidades agroalimentarias en México?
Elena Lazos Chavero y Tlacaelel Rivera Núñez
- GENEALOGÍA DE LOS CONCEPTOS AGROALIMENTARIOS
Y EL DEVENIR DE LOS ACTORES**
- 67 Por una opción realista para comer
Gustavo Esteva
- 79 ¿Y si los campesinos existen? ¿Es una cuestión de clase? O...
David Barkin
- 99 Una posición agonística sobre la soberanía alimentaria: movimientos
de las mujeres, feminismos y luchas inacabadas por la justicia
Lidia Cabral y Priya Pajel

**ESPACIOS EN TENSIÓN CONSTRUIDOS
DESDE EL FEMINISMO CAMPESINO**

- 125 La soberanía alimentaria como lucha del Feminismo Campesino Popular: una lectura de la realidad brasileña a partir del Movimiento de Mujeres Campesinas (MMC)
Michela Calaça
- 159 Mujeres campesinas e indígenas. Temas pendientes de justicia social en México
Verónica Vázquez García

**BRECHAS INTERGENERACIONALES
ACTORES EN COMPLEMENTARIEDADES Y CONTRADICCIONES**

- 187 Los jóvenes rurales ante costos de distancia y la (im)probabilidad de acceder a tierras o a un empleo decente
Martine Dirven
- 215 Los jóvenes indígenas: ¿cómo fomentar su participación en favor de la soberanía alimentaria?
Maya Lorena Pérez Ruiz

DINÁMICAS AGRARIAS Y ALIMENTARIAS EN TRANSFORMACIÓN

- 241 ¿Se sostiene la paradoja del “agricultor con escasez de alimentos” y la representación del “campesino autosuficiente” en una región biodiversa de la Península de Yucatán?
Eric Vides Borrell y Gabriela Torres Mazuera
- 269 Prácticas alimentarias mesoamericanas: perspectivas antropológicas sobre poder, cultura y resistencia en la comida
Catharine Good Eshelman
- 293 Dieta neoliberal: ¿elección personal o condición económica?
Gerardo Otero

- 323 Dimensiones de las protecciones institucionales para el desarrollo
de los sistemas agroalimentarios en América Latina
Laura Elena Martínez Salvador
- 351 Reflexiones de las contribuciones del tomo I
Blanca Rubio Vega
- 361 Sobre los autores

Los jóvenes indígenas ¿cómo fomentar su participación en favor de la soberanía alimentaria?

Maya Lorena Pérez Ruiz

LAS SOCIEDADES CAMPESINAS

MARCO PARA COMPRENDER LA PRESENCIA DE LOS JÓVENES

La importancia de las sociedades campesinas, mayormente productoras de alimentos y materias primas, se advierte en la existencia en el mundo de 450 millones de pequeños productores, menores a cuatro hectáreas (Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola, 2008); que representan 85% de las fincas del mundo (Murphy, 2012). Y cuya producción sostiene a casi 2 200 millones de personas (Singh, 2009). Mientras que, en México, según cifras de 2010, tenemos por lo menos a 5.6 millones de ejidatarios y comuneros integrados en 31 518 ejidos y comunidades que ocupan una superficie de 105 millones de hectáreas. De ellos, 15.7 millones son indígenas, dos terceras partes de los cuales viven en localidades rurales y poseen 5 283 ejidos y comunidades agrarias. Además, hay 200 000 propietarios privados indígenas con 4 millones de hectáreas, lo que significa que los indígenas tienen bajo su resguardo poco más de 24 millones de hectáreas (Robles Berlanga y Ruiz Guerra, 2012). Sin atender el recuento de la enorme cantidad de estudios en que se ha caracterizado al campesinado —así como las diferencias entre las tendencias con que el tema se ha discutido—, aquí se presentan cuatro elementos necesarios como marco para explicar la presencia y dinámica actual de sus jóvenes.

Un primer elemento es que la campesina es una forma de organización social cuyo fundamento se halla en las relaciones familiares y de parentesco

consanguíneo y ritual en el seno de una comunidad cultural de identidad y pertenencia. Dichas relaciones sociales organizan el conjunto de la vida social y un modo de vida que incluye la manera peculiar como se vincula con el entorno medioambiental, social, así como mítico y religioso. Modo de vida y organización que tiene como principio fundamental el manejo *multidimensional de la diversidad*; que se expresa:

- a) En el desarrollo de sistemas de aprovechamiento que pueden comprender la producción agrícola, pecuaria, forestal, lacustre, lo mismo que formas de recolección vegetal y de manejo de la fauna silvestre.
- b) En el uso de germoplasmas con características específicas según el clima, los suelos y los ciclos de lluvias y sequías; así como en microespacios de características ecológicas peculiares. Además, puede incluir el manejo de diversas parcelas, variables en condiciones de suelo, humedad y fertilidad.
- c) En la organización social de su fuerza de trabajo, fuertemente familiar y comunitaria, dándole una función y una importancia específica a sus componentes según su edad, género, estado civil así como posición social y de prestigio. En el seno familiar, el manejo de la diversidad incluye la especialización de sus miembros, de acuerdo con el género, edad, parentesco y cualidades individuales, lo cual propicia la ocupación diversa de sus miembros, de modo que puede haber productores (en su diversidad de formas), estudiantes, profesionistas, jornaleros, trabajadores inmigrantes y comerciantes, entre otros.
- d) En el manejo estratégico de la producción/recolección para el autoabasto y la destinada al exterior. En esta última se incluye el pago (en dinero o en productos) de tributos o impuestos, así como la venta de productos en mercados, sean ellos locales, regionales o globales. Mientras que en el autoabasto se incluyen los productos relacionados con la organización social y simbólica, con sus formas de reciprocidad e intercambio entre humanos y de éstos con los no humanos, propios de su cosmogonía.

Un segundo elemento consiste en que en sus formas internas de organización social pueden incluir formas de desigualdad, generalmente sustentadas en las diferencias de género y generación, así como en la posición social que éstos ocupan; lo mismo que en *parámetros de inclusión y exclusión social* que se emplean para identificar a sus integrantes, para asignarles distintas posiciones sociales, para organizar el trabajo, el acceso al conocimiento y a la toma de decisiones; así como para establecer quiénes pertenecen o no pertenecen a su grupo. En este último caso, los criterios de pertenencia y exclusión se ponen en juego frente a otros grupos y sectores sociales para construir fronteras identitarias. Sin embargo, los criterios de otredad pueden incluir —en casos extremos— a miembros de una misma sociedad campesina, cuando alguno de sus integrantes (individuales o en grupos) rompe o no se adapta a sus formas de organización y de concebir el universo. Por ejemplo, cuando se cambia de religión, no se asumen los compromisos con la colectividad, no se acatan las reglas de convivencia en lo relativo a la construcción del género, al matrimonio y al incesto, o cuando ciertas personas se enriquecen haciendo uso de recursos comunes para beneficio privado. Aunque tales criterios de otredad pueden aplicarse también a grupos sociales que por historia o por evolución, poseen una lógica de producción, organización y manejo medioambiental, distinta de la lógica campesina de vida y de su reproducción, tanto económica como social y cultural.

Un tercer elemento es que las sociedades campesinas históricamente se han vinculado de manera subordinada a otras formas de organización social, como las imperiales y las capitalistas que han empleado la invasión, la conquista y el colonialismo; pero también la expropiación legal y el comercio para hacerse de los territorios, los recursos bióticos, los productos y el trabajo de los campesinos y sus familias. En tales contextos de asimetría, de clase e interétnica (locales, nacionales, globales), las formas campesinas de vida y producción han sido afectadas de múltiples maneras: se les ha despojado de sus territorios; se les han impuesto tecnologías, formas de producción y organización social, así como de propiedad y distribución de la tierra, según intereses, gustos y necesidades de los grupos dominantes; padeciendo una articulación desigual, asimétrica y discriminatoria respecto de la sociedad hegemónica, su cultura y los mercados; se les trata cada vez más como con-

sumidores de productos industrializados; y a muchos de ellos se les reduce a ser de mano de obra barata. Todo lo anteriormente señalado ha contribuido a la intensificación del conflicto y a la polarización social, étnica, política, religiosa, e incluso generacional y de género. Además, en el transcurso del tiempo estos pueblos han sufrido la estigmatización de sus formas de vida y producción, acrecentando su pobreza, el menosprecio a sí mismos, la pérdida de su alimentación tradicional, la disminución de sus aportaciones alimentarias para el resto de la población y aumentando la expulsión de su población joven, de todos sus géneros.

Un cuarto elemento es que lo anterior genera tensiones permanentes entre sus ámbitos de autonomía y los de las múltiples formas de imposición que padecen. Así que, según la capacidad de los campesinos para controlar sus ámbitos de manejo medioambiental y de reproducción social, serán más o menos autónomos, o dependerán cada vez más de las lógicas externas que controlan tanto los mercados como las formas de vida y convivencia social. En este caso, por “autonomía” se entiende la capacidad de decisión de los campesinos para mantener el control para la reproducción (no dependiente) sobre sus territorios, sus procesos de vida, de producción y su manejo del medio ambiente. De modo que de acuerdo con la capacidad de los campesinos para controlar el proceso de producción y de su reproducción social, serán: o más autónomos y con mayor capacidad de decidir y actuar; o dependerán —en gran medida— de las lógicas externas que controlan los mercados y tanto las formas de vida como la convivencia social. En este punto, en México hay una larga trayectoria en las luchas campesinas que van desde la lucha por la tierra a las demandas por apropiarse de sus procesos productivos, y de éstas a las actuales batallas por defender sus territorios desde una perspectiva ecosistémica y biocultural integral. Dichas luchas trascienden los ámbitos locales para conformarse como actores sociales de presencia nacional, incluso transnacional (Moguel, 1992; Toledo, 1992; Pérez Ruiz, 2018).

**EN LAS SOCIEDADES CAMPESINAS
¿QUIÉNES SON LAS JÓVENES Y LOS JÓVENES
Y QUÉ POSICIÓN SOCIAL OCUPAN?**

En la actualidad, para identificar a los jóvenes hay dos tendencias: preestablecer un criterio externo, por lo regular asociado con un rango de edad; o concebir la juventud (a los jóvenes) como una construcción social, con formas de identificación y caracterización variable, según sociedades y contextos específicos. En México comúnmente se emplean rangos de edad en los censos generales de población (de 15 a 29 años), y para políticas del Instituto Nacional de la Juventud (12 a 29 años); o se derivan mediante criterios aplicados por el investigador o la institución, o se retoman de lo establecido por las instituciones educativas. Con ello se evita encarar la tarea de atribuir historicidad y contextualización a la noción de *ser joven*. Bajo los criterios preestablecidos se ha llegado a identificar a “adultos jóvenes” y a “casados jóvenes”, lo cual resulta un contrasentido en sociedades campesinas ya que frecuentemente la adultez se adquiere con el matrimonio, sin importar la edad, pues es cuando los sujetos adquieren un conjunto de responsabilidades sociales (con capacidades de decisión y acción) que los conduce a ocupar posiciones sociales de poder y de prestigio de las que los jóvenes —por definición— son excluidos (Pérez Ruiz, 2011). Quedándose sin explicación las prácticas y las relaciones sociales implicadas en los procesos de categorización que pueden expresar relaciones asimétricas y de poder, como sucede entre los adultos y los jóvenes, al igual que entre hombres y mujeres; y como ocurre también en las relaciones de éstos con otros géneros, generalmente estigmatizados y subordinados. En el caso de los terceros y cuartos géneros —por ejemplo—, resultan casi invisibles en las sociedades campesinas e indígenas, y poco se ha investigado al respecto. De modo que apenas sabemos que pueden desempeñarse en campos como la medicina tradicional, las prácticas religiosas shamánicas, o cumplen cierto papel en las familias y sus comunidades, como sucede entre los inuits de Alaska y entre los muxes del Istmo de Tehuantepec (Saladin d’Anglure, 1992; Miano Borruso, 2002). De singular importancia por ello resulta comprender la lógica de la construcción del género como un proceso para jerarquizar las diferencias (reales o imaginarias) entre los

individuos de un grupo social, de modo de establecer cierto tipo de relaciones sociales que permitan reproducir la vida social; por lo general mediante relaciones de poder, que asignan a los sujetos posiciones sociales diferenciadas, asignando supremacía a unos sobre otros (Pérez Ruiz, 2019). Por tanto, dichas desigualdades se expresan en las formas específicas de clasificación y de jerarquización presentes en cada sociedad, con su respectiva justificación ideológica, simbólica, mítica e histórica. Comprender la construcción de las formas de clasificación social al interior de una sociedad campesina incluye —en consecuencia— atender las relaciones de poder que privan entre adultos y jóvenes, así como entre los diferentes géneros. Por ello, requiere de adentrarse en las formas de desigualdad social que actúan sobre los individuos: desigualdades que pueden interrelacionarse entre sí y generar escenarios complejos, donde ciertas personas y grupos pueden compartir cierto tipo de desigualdades, pero no otras. Ejemplo de ello es la intersección entre las desigualdades de clase, de género y generación, muchas veces presentes en las sociedades campesinas, a las que se suma la desigualdad étnica cuando se trata de poblaciones indígenas (Pérez Ruiz, 2015). La complejidad se ejemplifica en el cuadro 1.

En ese sentido, un primer elemento por considerar es que algunas desigualdades entran en el campo del reconocimiento (Giménez, 2009), como sucede con las étnicas, de género y generacional, cuya resolución se inscribe en el campo del otorgamiento de derechos. Mientras que otras son estructurales, como la de clase, cuya resolución requiere de modificaciones en el acceso y la distribución social de recursos: medios de producción, formas de distribución y acceso a otros recursos sociales y económicos. Lo anterior se sintetiza en el cuadro 2.

Un segundo elemento por considerar consiste en que las desigualdades —por provenir de diferentes órdenes— pueden apoyarse unas a otras, como se señala desde la interseccionalidad (Viveros, 2016; Argueta Pérez-Coronado, 2020); aunque actuando de manera diferencial entre los diferentes actores sociales. Por ejemplo, la desigualdad étnica, sustentada en la diferencia cultural, puede actuar en apoyo a la desigualdad de clase, ejerciéndose ambas sobre un mismo grupo social. Se trata de situaciones en que hay coincidencia entre la dominación étnica y la de clase. Sin embargo, en otras

Cuadro 1
Convergencia entre desigualdades

<i>Población de origen indígena y/o campesina</i>	<i>Población no indígena</i>
Hombres adultos: padecen dominación étnica Ejercen dominación de género y generación Pueden ejercer y padecer la dominación de clase, según la posición social	Hombres adultos: ejercen dominación étnica Ejercen dominación de género y generación Pueden ejercer y padecer la dominación de clase, según la posición social
Mujeres adultas: padecen dominación étnica Padecen dominación de género Ejercen dominación de género Pueden ejercer y padecer la dominación de clase, según la posición social	Mujeres adultas: ejercen dominación étnica Padecen dominación de género Ejercen dominación generacional Pueden ejercer y padecer la dominación de clase, según la posición social
Muchachos: padecen dominación étnica Ejercen dominación de género Pueden padecer y ejercer dominación de clase, según la posición social	Muchachos: ejercen dominación étnica Ejercen dominación de género Pueden padecer y ejercer dominación de clase, según la posición social
Muchachas: padecen dominación étnica Padecen la de género y de generación Pueden padecer y ejercer dominación de clase, según la posición social	Muchachas: ejercen dominación étnica Padecen la de género y de generación Pueden padecer y ejercer dominación de clase, según la posición social

Fuente: Elaborado por la autora.

Nota: La dominación de clase será casuística, porque tiene carácter transétnico, transgénero y transgeneracional.

situaciones el grupo culturalmente subordinado es estratificado y con clases sociales en su interior, de modo que la dominación étnica se ejerce incluso sobre clases altas. En algunas circunstancias la dominación étnica se acompaña de criterios de diferencias fenotípicas, construyéndose discursos raciales, así como racismos de exclusión, subordinación y dominación, que a su vez pueden apoyarse en diferencias lingüísticas y religiosas (Pérez Ruiz, 2007; Pérez Ruiz, 2015).

Así la construcción social de la diferencia puede emplear los fenotipos para justificar el racismo clásico (que supone la existencia de razas huma-

nas, inferiores y superiores); así como el neorracismo puede incluir criterios culturales en el más amplio de sus sentidos (Wieviorka, 1991; Balibar, 1991). En suma, los diferentes tipos de desigualdades se expresan en prácticas cotidianas y/o institucionalizadas, que pueden sustentarse en discursos académicos o de uso común (Wieviorka, *Op. cit.*; Bhabha, 2002; Poutignat y

Cuadro 2
Diferencia de clase
y diferencias por reconocimiento

<i>Diferencias de clase</i>	<i>Diferencias por reconocimiento</i>
<p>Se establece por la posición que guardan los sujetos en la estructura social, en relación con la propiedad de los medios de producción y la distribución de la riqueza social. Es producto del acceso diferenciado a los medios de producción, que genera cierto tipo de relaciones de producción entre dueños del capital y asalariados. El consumo realiza el capital y sirve para dar prestigio a las diferentes clases sociales. En una misma clase social pueden incluirse personas de diferentes identidades y culturas. Personas de diferentes clases sociales pueden compartir una misma identidad y una misma cultura. En sociedades campesinas: persiste la subsunción formal del trabajo al capital. Relaciones capitalistas junto a formas no capitalistas de producción y consumo (inspirado en Carlos Marx, capítulo VI inédito de <i>El Capital</i>, 1973).</p>	<p>Se establece mediante actos de reconocimiento en la interacción social. Incluye valoraciones asociadas con representaciones e imaginarios sociales que crean inclusiones y exclusiones. Que sustentan la construcción de categorías identitarias y clasificaciones sociales, para organizar las diferencias y establecer jerarquías, en contextos de relaciones de poder y asimetrías sociales. Las categorías de pertenencia y exclusión se inscriben en las luchas por el reconocimiento (Giménez, 2009). Se construyen estereotipos y prejuicios para justificar las desigualdades. Mismas que se reproducen mediante instituciones y prácticas sociales. Aquí se incluyen las étnicas, de raza, género y generación: que pueden coincidir con la desigualdad de clase o ser interclasistas.</p>

Fuente: Elaborado por la autora.

Streiff-Fenart, 2005; Butler, 2001). Construyéndose situaciones imbricadas de relaciones de dominación/explotación (Wade, 2011), que suelen ocultar la dimensión estructural de la dominación y la explotación de clase, por ejemplo. Y que pueden también ocultar otro tipo de desigualdades. De modo que —como ya se señaló antes— en el grupo culturalmente hegemónico por lo general hay desigualdades de género y generación. Lo mismo sucede dentro del o los grupos cultural, racial, lingüística o religiosamente subordinados. De modo que la etnicidad, el racismo, el sexismo y la discriminación por edad permiten —entre otras cosas— emplearse para ajustar la mano de obra a las necesidades del capital (Wallerstein, 1991).

En tal escenario tan complejo, en muchos pueblos campesinos de hoy se viven conflictos de clase, étnicos, intergeneracionales y de género. Ellos son parte de las razones por las cuales los jóvenes, hombres y mujeres, pueden estar rompiendo con las formas tradicionales de organización social, salir de sus pueblos o generar conflictos familiares que los adultos leen como desobediencia, rebeldía e incapacidad o desgano para asumir responsabilidades como las que ellos tuvieron cuando eran jóvenes. Así, muchos de los jóvenes abandonan sus comunidades de origen, alejándose de su participación en los ámbitos de la producción y la vida campesina, dejando de colaborar con la reproducción de su familia y su comunidad.

¿POR QUÉ EXISTE UN DISTANCIAMIENTO DE LOS JÓVENES HACIA LA AGRICULTURA Y UN CRECIENTE DESARRAIGO HACIA LOS TERRITORIOS DE SUS PUEBLOS?

Una de las razones del descontento y el conflicto social, se explica en que en muchas sociedades campesinas las relaciones sociales se hallan jerarquizadas por género y edad; los hombres adultos ocupan las categorías más altas; las mujeres (y los terceros y cuartos géneros, de los que poco se sabe) se encuentran más abajo. Por ello no cuentan con espacios que permita la participación activa (el ejercicio de su capacidad de decisión) de los nuevos jóvenes que estudian, se profesionalizan, ganan dinero en actividades no tradicionales y no comparten, además, las normas tradicionales para escoger pareja y

casarse. Eso muchas veces significa vivir durante sus primeros años de matrimonio bajo la órbita de los padres o suegros.

En dicho proceso de cambio, los hombres jóvenes —en su diversidad de géneros— que estudian y se profesionalizan, no sólo han perdido gran parte de su formación para trabajar en la gran diversidad de actividades que desarrollan sus padres, sino que además se rebelan contra ellos, al sentir que son superiores: por haber estudiado y adquirido nuevos conocimientos y conseguir un estatus superior al de los campesinos. En cuanto a las mujeres jóvenes, vale decir que su descontento se expresa al exigir un conjunto de derechos específicos, inexistentes en las sociedades campesinas tradicionales como el derecho a estudiar, trabajar, decidir sobre su cuerpo, su sexualidad, su matrimonio, y a no padecer más la violencia que proviene de hermanos, padre, novio y esposo, ni el dominio de la suegra y las cuñadas, cuando durante los primeros años viven con la familia del esposo. Muchas de las que rompen con lo que “debe ser su comportamiento”, padecen el escarmiento y la exclusión a través de chismes, de estigmas, hasta llegar a la posibilidad de casarse para formar una familia, o de ser expulsadas de la suya en caso de que ya la tenga. Por ello, hay un creciente número de mujeres solteras o que son madres solteras que han de resolver ellas solas su vida, sin el apoyo de su familia. Para muchos de estos jóvenes, la solución consiste en irse de sus comunidades; por lo regular después de haber roto las relaciones de cooperación y apoyo familiar.

Sin embargo, no siempre es esa “rebeldía” la que provoca la resistencia de los jóvenes a ser como sus padres y abuelos, igual que a incentivar la migración. Como se ha indicado, las formas de vida campesinas e indígenas han sido fuertemente estigmatizadas, minorizadas y etnizadas (Goffman, 1993; Poutignat y Streiff-Fenart, 2005; Pérez Ruiz, 2007), así como afectadas por políticas públicas económicas, agrarias, agrícolas, de educación, cultura y desarrollo que podemos caricaturizar como “etnocidas” y “campesinicidas”. Ello ha traído consigo un creciente deterioro de los recursos naturales: bosques, agua, fauna silvestre; un excesivo parcelamiento de las tierras para siembra y baja productividad de éstas; bajos precios de los productos del campo; bajos salarios para los trabajadores agrícolas; falta de mercados locales y regionales; al igual que un marcado intermediarismo para la venta de

la producción, lo cual redundará en precios ridículos asignados a los productos agrícolas, pecuarios y artesanales. De modo que hoy —pese a las políticas de reconocimientos de la diversidad cultural y del auge de los discursos ecológicos conservacionistas— los recursos territoriales y culturales de los campesinos resultan “apetecibles” para los capitales nacionales y transnacionales. De tal modo, a su población se le impulsa a ser mano de obra “barata”, “autorreproducible” para que —entre otras consecuencias— aumente su capacidad de ser consumidora de productos industrializados (Bauman, 2007; Veraza 2008). Así, diversos actores sociales: profesores, medios de comunicación, Iglesias, partidos políticos —entre otros—, promueven la “modernización” como consumo masivo y formas de vida urbanas. De manera que el deseo de ser modernos —con el prestigio que ello lleva consigo— induce a las familias (no sólo a los jóvenes) a realizar cambios en la producción, el consumo alimentario (individual y familiar), al igual que en muchos de sus proyectos y estilos de vida.

Bajo ese contexto, hay una creciente incapacidad de las familias para satisfacer todas las necesidades de consumo inducidas por la sobreoferta de productos industrializados. Nuevas necesidades promovidas por los medios de comunicación y las industrias, que en el campo de la alimentación y de muchos insumos para la producción, suplen lo que se producía antes y genera nuevas y crecientes necesidades con el consecuente prestigio de poseerlos, mostrarlos y consumirlos: afán de modernidad que —por cierto— afecta no sólo a los jóvenes.

A pesar de lo anterior, y visto el problema desde otro ángulo (es decir: al verlo desde la óptica de las familias campesinas que luchan por su reproducción en entornos cada vez más críticos), tenemos que la migración de hombres y mujeres jóvenes puede tener también otra explicación: que los recursos locales ya no son suficientes para sostener el incremento constante de la población; y —haciendo eco de lo que ha sido desde hace cientos de años la capacidad campesina de continuidad— que la migración de parte de los hijos responda a una estrategia familiar y comunitaria con múltiples variantes. Es decir que según la lógica campesina de “nunca poner todos los huevos en una misma canasta”, el que algunos hijos salgan del pueblo y ganen dinero fuera, contribuye a sostener a la familia base que se queda a radicar en

el lugar de origen. En muchas ocasiones ese dinero externo sirve para apuntalar actividades locales (productivas y no). Con ello contribuye a sostener a la parte de la familia que se queda, contribuyendo a su vez al sustento de su comunidad de origen; refaccionamiento que actúa incluso como una especie de “seguro de vida” para los que se van y eventualmente pudieran sufrir condiciones adversas: desempleo, narcotráfico, violencia e incluso la actual epidemia de Coronavirus. De tal modo de tener un lugar de refugio al cual retornar de manera temporal o definitiva.

En ese marco —en el que los jóvenes que se van no necesariamente se desarraigan, sino que muchos de ellos contribuyen a sostener a las familias que se quedan—, cabe la posibilidad de que no todos los jóvenes quieran irse del lugar de origen. Que en cambio algunos de ellos desde niños hayan sido formados para quedarse con las tierras y trabajarlas. Pueden jugar para ello las reglas locales de la herencia, las cualidades y gustos que se advierten en los hijos desde que son niños, así como la decisión que tales jóvenes tomen de ser campesinos. Por lo general se trata de varones, aunque se dan casos en los que las mujeres puedan ya heredar y quedarse como responsables de la producción y el manejo de otros recursos locales.

Resultado de las variables señaladas antes, nos encontramos frente a escenarios donde no todos los jóvenes son iguales; no todos tienen las mismas habilidades y derechos; no todos se comportan igual; y no todos se desarraigan.

Por lo menos se requiere distinguir quiénes serán campesinos, en el caso de los hombres; y entre las mujeres, las que se dedicarán a su trabajo en casa y/o que participarán de la producción local, con su respectiva diversidad de actividades. E identificar, además, a quienes estudian en un bachillerato local o cercano; los que estudian una carrera generalmente en una ciudad; los que van y vienen en trabajos temporales; los que radican en ciudades y centros turísticos generalmente durante largas temporadas o de manera definitiva. Entre ellos habrá que distinguir a los que han roto sus vínculos con su lugar y su familia de origen de quienes constituyen una fuente de apoyo para ellos.

De ahí que resulte tarea ineludible comprender —en cada caso— el origen de las diferencias entre jóvenes, de modo de no estigmatizarlas ni esencializarlas de antemano. De modo que ello permita atender no sólo la causalidad inmediata de los diferentes comportamientos entre las jóvenes y los

jóvenes, sino la lógica de construcción de cada tipo de joven, su carácter de agente de continuidad o de cambio. Con ello, también advertir su potencial desde la diferencia para construir opciones de desarrollo local, en la medida en que se construyan también respuestas adecuadas a sus diversas cualidades y necesidades.

**¿CÓMO SE ENFRENTAN LAS RELACIONES
DE DESIGUALDAD SOCIAL, DE CLASE
Y DE GÉNERO, MUCHAS DE ELLAS NORMALIZADAS?**

Las desigualdades sociales en cada región adquieren ciertas características culturales que se expresan en categorías lingüísticas, instituciones, creencias, actitudes y prácticas sociales. Y en el caso de las sociedades campesinas, además de las desigualdades sociales, de clase y de género, puede intervenir la desigualdad étnica, que transforma en “indios” e “indígenas” a muchos de sus pobladores. En la actualidad, pocas sociedades campesinas no son estratificadas, con clases sociales a su interior y con desigualdades de género y generación. En ese marco, también son múltiples las maneras como las comunidades de identidad y pertenencia, las familias y los individuos, les hacen frente; al igual que tratan de resolver las desigualdades y las actuaciones de los jóvenes que buscan acabar con ellas. Una sin duda es la decisión individual de los y las jóvenes de cambiar su situación, mediante el rechazo de su familia y su comunidad; mediante comportamientos que van desde la rebeldía cotidiana en sus hogares hasta asumir comportamientos contrarios a lo socialmente permitido, que puede incluir el no acatamiento de reglas y normas de comportamiento y colaboración, a nivel comunitario; llegando incluso a la ruptura total. Ruptura que puede venir como acción de parte de los jóvenes, pero también de sus familias y en casos extremos, de la propia comunidad que opta por excluirlos e incluso por correrlos de sus territorios.

Otra vía consiste en que el conflicto intente resolverse por la vía de la negociación de los individuos en el seno de sus familias y de sus comunidades, lo que incluye partir hacia las ciudades para emprender desde allá luchas estructurales y políticas, para el reconocimiento de sus derechos: primero como pueblos y luego como jóvenes. Esto último sucede —por ejemplo—

con las jóvenes y los jóvenes indígenas que se transforman en líderes de organizaciones locales y/o de migrantes que luchan por los derechos políticos de sus pueblos de origen y de sus nuevas comunidades urbanas, para desde allí adquirir derechos como jóvenes y de género. En casos como éstos, resulta importante reconocer la capacidad de las familias y de las comunidades de origen para modificar pautas tradicionales de organización y de jerarquización, para que se construyan nuevas formas de relación que permitan que los jóvenes, con sus géneros subordinados (mujeres, pero también segundos y terceros géneros o transexuales) obtengan derechos y espacios de decisión y de acción, sin que se llegue a la ruptura. Ello implica actualizar, adaptar o dejar de lado ciertas herencias culturales, así como poner en acción positiva el apego y la lealtad cultural y emocional de las jóvenes y los jóvenes, a sus familias y a sus comunidades de origen, para luchar por obtener derechos de reconocimiento y una mejor distribución de los recursos sociales (Pérez Ruiz, 2015; Pérez Ruiz, 2018).

**¿ES POSIBLE QUE EN TALES CIRCUNSTANCIAS
LOS JÓVENES PARTICIPEN EN LA CONSTRUCCIÓN
DE LA SOBERANÍA Y SEGURIDAD ALIMENTARIA?**

Tomando en consideración lo anterior —y que hay una gran diversidad de jóvenes con aptitudes, inclinaciones y situaciones diversas—, la primera respuesta es sí. Los jóvenes de diferentes géneros podrían participar al lado de sus familias, sus comunidades —incluso fuera de ellas— en la consecución de acciones en favor de la soberanía y la seguridad alimentaria. De ello hablan quienes desde las ciudades están luchando en contra de la siembra de transgénicos, los que actúan en la defensa de sus territorios de origen, así como por conseguir derechos para sus pueblos. Lo mismo puede observarse en los jóvenes que se profesionalizan, sin que abandonen su compromiso con su familia y su comunidad, ya que desde donde se encuentran mandan dinero, participan como técnicos y profesionales en programas de apoyo al campo o bien aplican o generan opciones tecnológicas para resolver problemas locales.

El punto está entonces en:

1. cómo incentivar esa participación;
2. qué sentido dar a esa participación; y
3. cómo implementar su participación desde políticas públicas, para que tales actitudes de apoyo y solidaridad a sus familias y comunidades de origen, no naufragen en acciones individuales; mismas que pueden estar incidiendo en que sus padres abandonen la producción de tipo campesino. O para que se transformen en empresarios individuales, interesados sólo en enriquecerse, sin ningún compromiso social ni ecológico; incluso para que abandonen la producción y se trasladen al ámbito del comercio o los servicios.

En ese sentido, importa identificar el tipo de ámbitos y problemas en que se apoyará e incentivará su participación. ¿En acciones para modificar los ámbitos de desigualdad estructural en que viven sus familias y sus comunidades? ¿En ámbitos que modifiquen las desigualdades de tipo de reconocimiento (étnicas, de género y generación), para atacar las múltiples formas de minorización, discriminación y estigmatización que padecen sus comunidades de origen, sus familias, y ellos como jóvenes de géneros diferentes? ¿En ambas?

En términos de la desigualdad estructural de las familias y comunidades campesinas, hay que recordar que en nuestro país ésta tiene una larga trayectoria histórica. En ella han intervenido políticas públicas agrarias, agrícolas, forestales, acuíferas; incluso de conservación de recursos bióticos. Además, las políticas más recientes sobre la minería y el uso del subsuelo también ejercen su influencia.

Así que, en el campo del deterioro de la producción alimentaria y del declive de la soberanía alimentaria del país, hay que considerar que se han establecido múltiples políticas y acciones encaminadas a destruir la capacidad de los campesinos en torno a ello; y que para revertir eso, nada será posible si no se actúa en dicho ámbito. Tal aspecto es amplísimo, y su recuento resulta imposible de realizar aquí. Baste señalar que la destrucción de los sistemas de producción campesinos tradicionales ha sido parte de políticas públicas para que las familias campesinas modifiquen su producción diversificada, mucha de ella dedicada a la producción de alimentos de autoconsumo para mercados locales y regionales, aunque puede incluir también la producción

de los monocultivos y la ganadería de uso estrictamente comercial. Dichas políticas, además, contribuyen a que las familias campesinas liberen parte de su mano de obra para su empleo en ciudades, campos agrícolas empresariales o sitios turísticos. Incentivando con ello que los campesinos se vuelvan paulatinamente grandes consumidores de alimentos industrializados, de baja calidad nutricional e incluso dañinos para la salud. Con ellos se han reemplazado los nutrientes de las dietas tradicionales, lo cual ha generado desnutrición infantil y obesidad en los adultos.

El valor de las dietas campesinas tradicionales se ha demostrado en pueblos agrícolas tradicionales, dentro de sistemas de manejo medioambiental de amplia cobertura y manejo de la biodiversidad. Las deficiencias en proteínas, vitaminas y minerales de cada componente individual por lo regular eran cubiertas por la composición de otros alimentos de la dieta; ya que ésta dependía de una gran variedad de plantas no cultivadas y animales de caza que combinados con la dieta básica, la proveían de las vitaminas y proteínas necesarias para una dieta balanceada (Gurri, 2011; Gurri, 2015).

La destrucción de los sistemas agrícolas tradicionales para transformarlos en sistemas diseñados para generar ingresos con producción comercial (ganadería y/o monocultivos) o para vender mano de obra, ha propiciado—entre otras consecuencias— la compra de alimentos de baja calidad que reemplaza los nutrientes de la dieta tradicional; ello genera desnutrición infantil y obesidad en los adultos. Tal situación fue observada desde la década de 1930 y ha sido corroborada para varias regiones de México (Gurri, 2011; Gurri, 2015). En ella se observa el proceso de “la doble carga de la transición nutrimental”, que implica la coexistencia de niños desnutridos y adultos con sobrepeso y obesidad en el seno de sus familias mismas.

Como se indica antes, tales transformaciones han sido incentivadas por políticas agrarias, agrícolas al igual que de desarrollo y tecnificación, y han sido apoyadas por políticas educativas y de comunicación, que bajo la promesa de la modernización enfatizan el prestigio del consumo industrial y estigmatizan la alimentación tradicional y las formas campesinas de vida. Todo ello en conjunto ha generado fuertes tendencias al abandono de las dietas tradicionales a cambio de las del consumo industrializado de cientos de productos, llamados “chatarra”, de baja capacidad nutricional. Y ello impacta a

los jóvenes, como lo demuestra la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición (2012) que reportó sobrepeso y obesidad en adolescentes: 35.8% para mujeres; 34.1% en hombres. Sin embargo, también a sus familias y comunidades que son grandes consumidoras de refrescos y productos calóricos industrializados (Pérez-Izquierdo, *et al.*, 2020).

De modo que en el deterioro de la producción campesina, y de su baja contribución a la soberanía alimentaria, se encuentran problemas de diversa índole: aumento demográfico y presión sobre la tierra, deterioro de los recursos físico-bióticos, contaminación y disminución de la fertilidad, cambios en los sistemas de manejo, abandono de tecnologías y pérdida de conocimientos, polarización social y conflicto generacional, privatización de recursos comunes (agua, bosques, suelo, tierra), uso intensivo de insumos comerciales y dependencia del mercados, pérdida de autonomía, pérdida de biodiversidad, debilitamiento de las autoridades locales, intensificación del conflicto social (político, religioso, étnico), pobreza y desnutrición así como la creciente dependencia y subordinación, entre otros (Lazos Chavero, 2011; Pérez Ruiz, 2015). Se trata de problemas de distinta índole, alcance e impacto, sin cuya solución no podrá revertirse la situación actual, ni retenerse a los jóvenes para impulsar su participación en la construcción de la soberanía alimentaria.

¿QUÉ TIPO DE POLÍTICAS PÚBLICAS DEBERÍAN PONERSE EN PRÁCTICA PARA HACERLO POSIBLE?

De acuerdo con lo planteado hasta aquí, parece insuficiente enfocarse tan solo en convencer a los jóvenes (de diferentes géneros) para que participen en la producción de alimentos, y contribuyan a la soberanía alimentaria; por lo menos si ello no se realiza mediante la ubicación de su situación —dentro de una estrategia integral y multidimensional—, encaminada a resolver los múltiples problemas que enfrentan en la actualidad, incluso dentro de sus familias y comunidades de pertenencia.

Familias y comunidades con peculiares formas de producción, de articularse con los mercados de productos y de mano de obra; así como en su posi-

ción subordinada cultural e identitariamente frente al Estado y la sociedad nacionales, siempre dentro del marco de la internacionalización de la cultura y la economía.

En ese sentido, se requiere tener una perspectiva integral de lo *que es la producción campesina*, diversificada en su composición, manejo medioambiental y tecnológico; así como diversa en la finalidad de sus actividades y en sus necesidades de consumo, al igual que en sus requerimientos de mano de obra. Por ello no bastará centrar las políticas públicas en un único actor, ni en una sola de sus actividades; es decir ni únicamente en los jóvenes ni sólo en la producción agrícola y pecuaria para alimentos. Ya que de ser así, se estaría siguiendo un camino ya probado: agudizar el conflicto generacional y el de orientar a las familias (y a sus jóvenes) a la especialización productiva, en demérito de la diversidad, de la conservación de los recursos medioambientales así como del aprovechamiento integral de los mismos. Perspectiva de especialización que, además, no permite la ocupación de la totalidad de los miembros de las familias, ni manejar su composición diversa con sus cualidades y potencialidades también diversas. Lo que a la larga redundará en la exclusión de algunos de sus miembros, con la consecuente migración.

Así que pensar y actuar únicamente en torno a los jóvenes, y generar para ellos políticas sectoriales —sin que haya una política integral hacia las familias y sus comunidades de pertenencia—, será fomentar el individualismo y el conflicto generacional, e incluso el conflicto entre las familias de una misma comunidad, dada la competencia por los recursos.

De ahí la necesidad de atender como punto de partida y de implementación de políticas públicas, la producción campesina como sustentada en relaciones familiares y colectivas, no individuales, para poder resolver sus puntos críticos de manera integral. De ahí también la necesidad de considerar el carácter sistémico del manejo medioambiental, tecnológico y económico de este tipo de producción. Entre otros recursos, como una vía para identificar los requerimientos de mano de obra de las múltiples actividades en que puede emplearse la mano de obra familiar; en este caso, de los jóvenes, que —además— por sus cualidades de capacitación y de ambición, pueden incursionar en ámbitos novedosos de innovación tecnológica para resolver muchos de los problemas a los que se enfrentan las familias campesinas, en diferentes

ámbitos, y no sólo en la producción. Por ejemplo, en la generación local de energía, la captura de agua y el manejo de los recursos hídricos, el manejo de residuos y desechos tóxicos; e incluso fomentando su participación en el campo de la educación y la cultura, para contribuir a revertir la estigmatización e inferiorización que viven sus comunidades de origen.

Por tanto, una perspectiva sistémica y familiar de las políticas públicas debe construir espacios de participación para los diferentes tipos de jóvenes que viven en las familias y las comunidades de origen; siempre en el marco de las formas locales y familiares de organización. Deben atender las múltiples desigualdades internas para resolver las asimetrías, así como el peso de las estructuras tradicionales de organización que las reproducen; muchas de ellas apoyadas mediante la incidencia de políticas nacionales y globales. Importa, por ello, atender la demanda de derechos de los diversos jóvenes y sus géneros, al igual que respetar y fomentar su capacidad de decisión y participación.

Lo anterior, sin embargo, no será posible de lograr si no se ubican pertinentemente las diferentes situaciones de los hombres y mujeres jóvenes —así como de los otros géneros—, de manera de encontrar las vías para acabar con su desigualdad y desde allí fortalecer su posible arraigo y participación en las comunidades campesinas. Para poder resolverlas, se requiere reconocer los ámbitos de producción y reproducción social de cada una de las desigualdades, e identificar cómo se interrelacionan —a través de instituciones, políticas, actores y prácticas— en ámbitos macrosociales y microsociales, colectivos e individuales.

En otras palabras:

1. si las *estrategias campesinas* de producción y reproducción social son sistémicas y familiares: las soluciones deben ser local, cultural y ecológicamente adecuadas, sustentadas en las relaciones familiares y comunitarias de organización. Tomando en consideración la composición diversa de sus miembros, sus necesidades y expectativas (según género, habilidades, expectativas, y apoyando nuevos derechos). Y si la *producción campesina* es sistémica y diversificada, su apoyo debe atender los requerimientos de mano de obra en tal conjunto de acti-

vidades, identificando los puntos críticos en cada una al igual que el tipo de mano de obra requerida, para encontrar soluciones sociales y tecnológicas; y poder identificar las aportaciones que en cada ámbito pueden aportar los diferentes miembros de las familias: según sus cualidades, por edad, género, con sus cualidades y afinidades.

2. *Si los jóvenes son diversos*, en género, posición social, habilidades e intereses; se requiere identificar los que por herencia e interés serán campesinos, y que tal vez ya lo son, aunque invisibles ante la falta de espacios para ser reconocidos. Para ellos habrá que abrir espacios de participación y decisión e impulsar con ellos actividades como la agroecología, sistemas agrosilvopastoriles y acuícolas, innovación tecnológica, producción de bioinsumos, almacenamiento de productos y procesamiento de alimentos, formación de microempresas y fortalecimiento de mercados, entre otros aspectos. Y para los que no son ni serán campesinos —por insuficiencia de los recursos o por desinterés de serlo— deberán construirse opciones de formación y coparticipación, para resolver necesidades locales (económicas, políticas y culturales) en campos como la generación de energía, manejo de desechos, así como en la formación de microempresas y en el fortalecimiento de mercados locales. Además del abanico de opciones que deberán estar disponibles en el campo de la educación y la cultura, para revertir las condiciones de estigmatización, minorización y etnización, así como lo que hasta hoy es un desmedido gusto por los productos industrializados de bajo contenido nutricional.
3. En suma, lo que se quiere señalar es que a ningún joven —como a ninguna otra persona— se le puede incentivar, ni obligar, a que asuma la solución de un problema en torno a la producción campesina, sin que ello ocurra dentro de una estrategia amplia de manejo de recursos diversos que le permitan tener una forma de vida digna para él y su familia.

En ese marco, se requieren políticas públicas de corto, mediano y largo plazo, construidas bajo una mirada coherente de apoyo a la producción campesina y a su valoración, que incluya en principio el respeto a sus territorios, a

sus recursos medioambientales, a sus relaciones sociales y a sus formas de vida. Dichas políticas deberán respetar la capacidad de decisión de las familias campesinas, así como la pluralidad de sus miembros, para adaptar y aprender de otros ámbitos de conocimiento, cultura y consumo; según sea su decisión autónoma, en los términos señalados antes.

Lo anterior, en términos generales incluye:

- a) identificar y modificar las políticas públicas impositivas que son etnocidas, campesinocidas, racistas, patriarcales y gerontocráticas, que contribuyen a la reproducción de ello dentro de las familias y comunidades campesinas. Políticas que deberán ser integrales, con perspectiva étnica, campesina, de género y generación; además de ser inclusivas y de participación.
- b) Reconocer y desarrollar colaborativamente el conocimiento campesino que por lo general sigue activo y que hoy trabaja, por ejemplo, en la adaptación al cambio climático; ya que muchas veces es despreciado, incluso atacado por las universidades y los centros de investigación e innovación, así como por las políticas públicas de desarrollo y extensión (Pérez Ruiz y Argueta Villamar, 2019). Y por último:
- c) promover el diálogo de conocimientos entre campesinos y centros de investigación para:
 - Identificar los puntos críticos en el conjunto de sus formas de aprovechar el entorno medioambiental.
 - Recuperar tecnologías tradicionales para el manejo de arvenses, control de plagas, mejoramiento genético así como domesticación de especies y cambio climático, entre otros.
 - Desarrollar nuevas formas de aprovechamiento y de manejo tecnológico adaptadas cultural y ecológicamente ante las nuevas condiciones.
 - Fortalecer el manejo diversificado del entorno medioambiental, con usos y destinos múltiples.

- Generar espacios para la participación de los jóvenes, de diferentes géneros, para crear y desarrollar el conocimiento local/regional en diálogo con otros conocimientos, de otros campesinos, así como el generado por las universidades y centros de investigación.
- Abrir opciones de formación, trabajo y participación para los diversos tipos de jóvenes, según género, cualidades, deseos y afinidades.
- Combatir las formas de reproducción de las múltiples desigualdades al interior de las sociedades campesinas, con el apoyo de las políticas nacionales, regionales y locales.

Solo mediante este conjunto articulado de pretensiones y acciones se podrá incentivar a los diferentes jóvenes de origen campesino (rurales o urbanos) a contribuir a la mejor producción de alimentos en sus regiones y —con ello— a la soberanía alimentaria del país.

BIBLIOGRAFÍA

- Argueta Pérez-Coronado, Inés (2020). “Audre Lorde y Patricia Hill Collins. Aportaciones para entender el *black feminism*, el racismo y su imbricación con otras opresiones”. *Antropología Americana* 5, núm. 9: 145-160.
- Bauman, Zygmunt (2007). *Vida de consumo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Balibar, Étienne (1991). “Racismo y nacionalismo”. En *Raza, nación y clase*, coordinado por Étienne Balibar e Imanuel Wallerstein, 64-109. Iepala Textos, 16. Madrid: Iepala Editorial.
- Bhabha, Homi K. (2002). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Butler, Judith (2001). *Mecanismos psíquicos del poder. Teoría sobre la sujeción*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (2008). “Supporting smallholders is crucial to food security”. Discurso del Presidente de FIDA al G8. En Informe especial del G8 del *Financial Times*. Disponible en línea: <http://www.ifad.org/events/op/2008/g8.htm> [Consulta: 29 de noviembre, 2013].
- Giménez Montiel, Gilberto (2009). “Formas de discriminación en el marco de la lucha por el reconocimiento”. En *Identidades sociales*, compilado por Gilberto Giménez, 179-199. Colección Intersecciones. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Mexiquense de Cultura.
- Goffman, Erving (1993). *Estigma. La identidad deteriorada*. Biblioteca de Sociología. Buenos Aires/Madrid: Amorrortu editores.

- Gurri, Francisco D. (2011). "La doble carga de la transición nutrimental en zonas rurales de la península de Yucatán: ¿consecuencia de la alteración de los sistemas agrícolas de subsistencia tradicionales en la segunda mitad del siglo XX?". En *Obesidad problema multifactorial*, coordinado por Juan Manuel Muñoz Cano, 65-84. Villahermosa: Universidad "Juárez" Autónoma de Tabasco.
- Gurri, Francisco D. (2015). "The disruption of subsistence agricultural systems in rural Yucatan, Mexico, may have contributed to the coexistence of stunting in children with adult overweight and obesity". *Collegium Antropologicum* 39, núm. 4: 847-854.
- Lazos Chavero, Elena (2011). "Diálogos de saberes: retos frente a la transnacionalización de la agricultura en México". En *Saberes colectivos y diálogo de saberes en México*, coordinado por Arturo Argueta Villamar, Eduardo Corona-M. y Paul Hersch Martínez, 255-275. Cuernavaca, Morelos: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/Universidad Iberoamericana Puebla.
- Miano Borruso, Marinella (2002). *Hombre, mujer y muxe en el Istmo de Tehuantepec*. Colección Antropología. Ciudad de México: Plaza y Valdés Editores/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Moguel, Julio (1992). "Crisis del capital y reorganización productiva en el medio rural (notas para la discusión de los pros, contras y asegunes de la apropiación del proceso productivo)". En *Autonomía y nuevos sujetos sociales en el desarrollo rural*, coordinado por Julio Moguel, Carlota Botey y Luis Hernández, 15-24. México: Siglo veintiuno editores/Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México.
- Murphy, Sophia (2012). *Puntos de vista en evolución: agricultura a pequeña escala, mercados y globalización*. Londres/La Haya/La Paz: IIEED/HIVOS/Mainumby.
- Pérez-Izquierdo, Odette; Sergio Cárdenas-García; Irma Aranda-González; Javier Perera-Ríos; y María del Rosario Barradas Castillo (2020). "Consumo frecuente de alimentos industrializados y su percepción en adolescentes indígenas Mayas con sobrepeso y obesidad". *Ciência & Saúde Coletiva* 25, núm. 11 (noviembre): 4423-4438. Disponible en línea: <https://www.scielosp.org/article/csc/2020.v25n11/4423-4438/es/> [Consulta: 15 de noviembre, 2020].
- Pérez Ruiz, Maya Lorena, y Arturo Argueta Villamar (2019). *Etnociencias, interculturalidad y diálogo de saberes en América Latina. Investigación colaborativa y descolonización del pensamiento*. México: Juan Pablos Editor/Red Temática sobre Patrimonio Biocultural del Conacyt/International Science Council.
- Pérez Ruiz, Maya Lorena (2007). "El problemático carácter de lo étnico". *Revista CUHSO: Cultura/Hombre y Sociedad* 13, núm. 1: 35-55. Disponible en línea: <http://cuhsu.uct.cl/index.php/cuhsu/article/view/252> [Consulta: 14 de junio, 2023].
- Pérez Ruiz, Maya Lorena (2011). "Retos para la investigación de los jóvenes indígenas". *Alteridades* 21, núm. 42 (julio-diciembre): 65-75. Disponible en línea: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74722745005> [Consulta: 14 de junio, 2023].
- Pérez Ruiz, Maya Lorena (2015). *Ser joven y ser maya en un mundo globalizado*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

- Pérez Ruiz, Maya Lorena (2018). "Del reconocimiento de derechos en el siglo XX a la defensa de los territorios en el siglo XXI". *Antropología Americana* 3, núm. 5: 41-51. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Pérez Ruiz, Maya Lorena (2019). "Jóvenes indígenas en América Latina: reflexiones para su investigación desde la antropología". *Anuário Antropológico* 2, núm. 44, núm. 2: 21-50. Disponible en línea: <https://journals.openedition.org/aa/3923> [Consulta: 14 de junio, 2023].
- Poutignat, Philippe, y Jocelyn Streiff-Fenart (2005). *Théories de l'ethnicité*. París: Presses Universitaires de France.
- Ramos Escandón, Carmen (1991). "El género en perspectiva: de la dominación universal a la representación múltiple". En *El género en perspectiva. De la dominación universal a la representación múltiple*, coordinado por Carmen Ramos Escandón, 11-26. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Robles Berlanga, Héctor, y Ana Joaquina Ruiz Guerra (2012). *Presupuestos para la agricultura familiar y campesina en México*. México: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura/OXFAM México.
- Saladin d'Anglure, Bernard (1992). "Le 'troisième sexe'". *La Recherche* 23, núm. 245 (julio-agosto): 836-844.
- Singh, Sukhpal (2009). "Role of private and public sectors in supporting smallholder rural enterprises in India—Status, issues and alternatives". Nueva Delhi: Centre for Management in Agriculture/Indian Institute of Management Ahmedabad (Paper for Oxfam India-New Delhi).
- Toledo, Víctor M. (1992). "Toda la utopía: el nuevo movimiento ecológico de los indígenas y campesinos de México". En *Autonomía y nuevos sujetos sociales en el desarrollo rural*, coordinado por Julio Moguel, Carlota Botey y Luis Hernández, 33-51. México: Siglo veintiuno editores/Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México.
- Veraza, Jorge (2008). *Subsunción real del consumo al capital*. México: Itaca.
- Viveros, Mara (2016). "La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación". *Debate Feminista* 52 (octubre): 1-17. Disponible en línea: <https://www.sciencedirect.com/science/journal/14344610> [Consulta: enero, 2018].
- Wade, Peter (2011). "Multiculturalismo y racismo". *Revista Colombiana de Antropología* 2, núm. 47 (julio-diciembre): 15-35.
- Wallerstein, Imanuel, y Etienne Balibar (1991). *Raza, nación y clase*. Iepala Textos, 16. Madrid: Iepala Editorial.
- Wieviorka, Michel (1991). *L'espace du racisme*. París: Seuil.

Verónica Vázquez García

Doctora en Sociología por la Universidad de Carleton en Ottawa, Canadá. Se desempeña como profesora-investigadora titular del Colegio de Posgraduados, Campus Montecillo. Línea de investigación: análisis de género de la crisis ambiental y climática del campo mexicano. Sistema Nacional de Investigadores nivel III.

Maya Lorena Pérez Ruiz

Doctora en Antropología Social; investigadora de la Dirección de Etnología y Antropología Social del Instituto Nacional de Antropología e Historia; miembro del Sistema Nacional de Investigadores nivel III. Ha trabajado con pueblos indígenas: sus relaciones con la sociedad nacional, su organización, sus identidades, sus conocimientos, la patrimonialización de sus culturas y la interculturalidad. Autora de siete libros, ha coordinado otros seis y publicado más de 100 artículos y capítulos. En coautoría con Arturo Argueta, publicó en 2019: *Etnociencias, interculturalidad y diálogo de saberes en América Latina. Investigación colaborativa y descolonización del pensamiento*, Ciudad de México: Red de Patrimonio Biocultural del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología/International Science Council/Juan Pablos Editor.

Catharine Good Eshelman

Doctora en Antropología, Johns Hopkins University, Baltimore, Maryland. Profesora investigadora titular "C", División de Posgrado, Escuela Nacional de Antropología e Historia. Investigadora Nacional nivel III. Realiza investigación etnográfica-histórica entre campesinos e indígenas en Guerrero y el centro de México, autora de numerosas publicaciones nacionales e internacionales. Es especialista en antropología de la comida y responsable del proyecto Comida, Cultura y Poder, Dinámicas de la Modernidad (Coordinación Nacional de Antropología del Instituto Nacional de Antropología e Historia). Es fundadora y cocoordinadora académica desde 2012 del diplomado Cocinas y Cultura Alimentaria en México: Usos Sociales, Contextos Rituales y Significados, impartido anualmente en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

*Horizontes y experiencias agroalimentarias en México:
entretrejiendo actores, escalas y dinámicas de transformación,*
editado por el Instituto de Investigaciones Sociales
de la Universidad Nacional Autónoma de México,
se terminó de imprimir en noviembre de 2023,
en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V.,
calle 5 de febrero núm. 2309, Col. San Jerónimo,
C.P. 52170, Chichahuaco, Metepec, Estado de México.

La composición tipográfica se hizo en
Tisa Pro (10.5/15, 9.5/15 pts.)
y Lemon Sans Next (17/20, 11.5/15, 8.5/11 pts.).

La edición en offset consta de 300 ejemplares
en papel bond ahuesado de 75 gramos.